



Sobre el amor y la sexualidad: de lo filosófico a lo científico

A.I. Romero Hidalgo
Psiquiatra. Madrid. España.

El amor y la sexualidad, conjunta o separadamente, constituyen en la actualidad un tema de interés cotidiano en los sumarios de la práctica totalidad de los magazines de las sociedades desarrolladas. Aunque la cultura, en todas sus formas, siempre se ha ocupado de los aspectos amorosos del ser humano, el modo de abordarlos ha ido variando, adaptándose a las modas y creencias del momento.

Con la creciente necesidad de dar a la vida calidad o, dicho de otro modo, con las mejoras tecnológicas y sanitarias que han permitido a las sociedades postindustriales condiciones de vida y longevidad, al menos en los aspectos materiales, considerablemente mejores a las de siglos anteriores, surge la posibilidad también de intensificar los cuidados y las atenciones sobre la calidad de la vida, el confort psíquico y la satisfacción vital.

La psicología y el resto de las ciencias sociales, de forma interdisciplinaria, han asumido la tarea de explicar y describir los aspectos de la vida sobre los que aplicar los nuevos conocimientos. Perfeccionar la vida amorosa, mejorar o prolongar la vida sexual, etc. ya no depende, al menos en teoría, sólo del azar, sino también de la voluntad, convenientemente canalizada a través de la ayuda profesional.

Entre otras razones, la sofisticación del consumo a todos los niveles permite incluir las necesidades amorosas en demandas, demandas de salud que en la mayor parte de las ocasiones han desbordado a la medicina y han supuesto nuevos campos de intervención, como la sexología, etc. Estos patrones de normalidad suponen una exigencia en el sentido de expectativa individual. Formando parte de lo social, estas expectativas establecen la existencia de un importante mercado, constituido por lo que algunos sociólogos han denominado generaciones *baby-boomers*, compuestas por personas (nacidas entre 1940 y 1970) con grandes expectativas respecto a su calidad de vida, incluida la sexual y/o amorosa, todo lo que constituye un interesante mercado potencial en el que la aparición de fármacos como el sildenafil mantiene la posibilidad de seguir encontrando soluciones a través de esa vía.

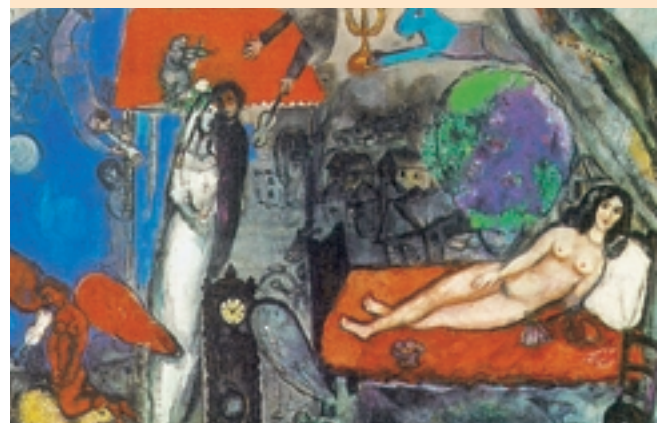
Simbolización-mitología-arte-representación

Una de las constantes de la civilización occidental ha sido la necesidad de representar, con alegorías y símbolos, las pasiones y preocupaciones de la naturaleza humana. Sepámoslo o no, disponemos de un bagaje de siglos respecto a cuestiones como el amor, la vida, etc. La literatura, la pintura y en general todas las formas de arte han aportado su matiz expresivo en esta cuestión y siguen haciéndolo.



Venus preside el reino del amor (1596), de Hendrick Goltzius.

Una de las constantes de la civilización occidental ha sido la necesidad de representar, con alegorías y símbolos, las pasiones y preocupaciones de la naturaleza humana. Sepámoslo o no, disponemos de un bagaje de siglos respecto a cuestiones como el amor, la vida, etc. La literatura, la pintura y en general todas las formas de arte han aportado su matiz expresivo en esta cuestión y siguen haciéndolo.



A mi mujer, de Marc Chagall.

Tanto en la literatura como en la mitología clásica, Eros es la primera entidad divina, el dios más antiguo, principio de relación y armonía, gracias al cual surgen el cosmos y la vida a partir de la masa universal. En sus distintas formas de significarse, el amor ha regido la práctica totalidad de relaciones del ser humano y, según la cultura, ha sido representado a lo largo de los siglos según uno u otro matiz como: amor divino, amor cristiano, amor filial, amor de conveniencia, amor al prójimo, etc.

El amor, incluso, ha sido valorado en las veladuras inevitables del sujeto racional como negativo en sí mismo, menoscabo temporal de la inteligencia. En palabras de Ortega: “Conviene resueltamente decir que el enamoramiento es un estado de miseria mental en el que la vida de nuestra conciencia se estrecha, se empobrece y paraliza.” Más adelante continúa diciendo: “El enamoramiento no es más que eso, atención anómala detenida en otra persona, [...] estado inferior del espíritu, una especie de imbecilidad transitoria.” Entiendo esta aparente irritación por cuanto algo de lo amoroso cuestiona la racionalidad como único referente para entender al sujeto humano. En cualquier caso, podemos empezar a situarnos si partimos de la concepción platónica del amor. Platón profundiza en *El banquete* sobre las doctrinas del amor y distingue el amor sensual, encarnado por el hijo de Venus Pandemia, que representa el instinto erótico, productor de vida, y el hijo de Venus Urania, o Venus Celeste, que representa el amor espiritual y cuya intensidad puede ser tan intensa como el Pandemio.

En posteriores evoluciones alegóricas, las cualidades de las dos formas de amor devendrán Venus Pandemia en la madre de la potencia generadora y Urania en la madre del conocimiento, y en ambas potencias está el amor. La complejidad de éste permite su discriminación, la diferencia de facetas, el nacimiento de dos corrientes: la realista y la idealista, corrientes que han evolucionado con sus propias representaciones, entremezclándose y en un sentido amplio son exponentes de la dicotomía que mantenemos como amor y sexo.

También desde lo mitológico, aunque en otro contexto más moderno, aparece un nuevo elemento que fractura algo del orden social y que atañe a la visión del amor: el mito de Pentesilea. Recreado en la obra de Heinrich von Kleist (1777-1811), narra el mito de las amazonas, vírgenes guerreras de un solo pecho, “*femine bellicosissime*”, en cuyo texto se plantea la necesidad de amor del ser humano como una necesidad radical, esencial.

Para Stein, responsable de la reciente puesta en escena de la obra de Kleist, este texto cuenta entre otras cosas la extraña historia de un cambio de rol de sexos, incluso a la hora de la fertilización, lo cual supone una modernidad casi impensable para la época, además de la constatación de complejidad en este ámbito.

En este mito, además de la trascendencia del sexo como escenario de lo intrínseco, de la expresión de la formulación del deseo del sujeto en lo amoroso, desplazando así la dualidad platónica, introduce la novedad de plantear lo amoroso como conflicto.

El amor quiere la sumisión del otro para siempre. Pentesilea busca apropiarse del otro, y este deseo es la condición de imposible porque en el acto de apropiarse del otro el amor desaparece.

Del mito a la sexualidad infantil

Freud retoma en un cierto sentido la idea de conflicto interno y organiza a través del amor y la sexualidad un modelo comprensivo en el que, a través del conflicto de amor, o mejor dicho, de cómo lo resuelve, el ser humano se organiza como sujeto.

Freud presenta un modelo de desarrollo psicosexual, según el cual durante los primeros años de la vida el individuo atraviesa diferentes estadios o fases que resuelve de modo diferente, y que van a constituir el patrón básico o el repertorio con el que opera

rá posteriormente, a causa de lo que él denominó compulsión a la repetición.

De este modo, la existencia posterior de hombres y mujeres estaría condicionada por la resolución de las situaciones conflictivas –podemos añadir– de adaptación, ocurridas durante los primeros años de la vida.

Este motor de actividad se relaciona íntimamente y de modo diferente con conceptos tales como amor, deseo, emoción, afecto, etc. y da lugar a una compleja construcción teórica que los psicoanalistas posteriores han abordado.

Respecto al contexto cultural en que Freud había considerado la psicosexualidad, la sociedad victoriana del siglo XIX, que es evidentemente muy distinta de la actual, incorpora también el esquema científico paradigmático del momento.

Las formulaciones originales de Freud sobre la constitución del sujeto humano a partir del desarrollo psicosexual se basan esencialmente en imágenes de la transformación de la energía, provenientes de la influencia de la física del XIX. Desde este punto de partida, la sexualidad como fuente de energía con posibilidad de reprimirse o graduarse para finalidades diferentes organiza un patrón biológico con la voluntad de explicar el funcionamiento del ser humano.

Freud parte de un mito, el de Edipo, como mito originario que da cuenta de un deseo, un deseo de amor y una prohibición, precisamente la elección del objeto de amor: la madre. Con estos pilares apoyados en la cultura de la época, Freud aporta el gran descubrimiento sobre el amor y la sexualidad, el carácter evolutivo de ambos y su comienzo a la misma vez que el nacimiento, y desarrolla una extensa teoría sobre su constitución y desarrollo a través de etapas.

La racionalidad se preserva en la mecánica del proceso. Lo irracional se recluye y el inconsciente aloja las motivaciones verdaderas de las peculiaridades amorosas del sujeto. En ocasiones los restos edípicos permiten elegir inconscientemente el objeto del amor con la claridad del flechazo.

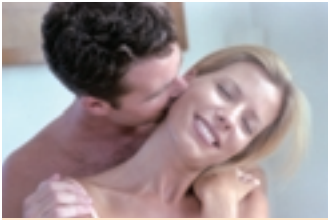
Sienta el psicoanálisis las bases para el entendimiento del sentido individual del amor y la sexualidad. La evolución sobre las formas y la modalidad de las prácticas de esta faceta del ser humano, aun siendo importante, no se contempla sino como un nuevo escenario que no afecta al funcionamiento básico de la persona.

Sexualidad y amor como conceptos diferentes, a veces coincidentes, o complementarios. ¿Cuál es el estado de las creencias actualmente en relación con estos temas? ¿Existe una corriente emergente? ¿Coexisten varios paradigmas o en buena medida hay consensos que permiten mantener varios estados de teoría?

La química del amor

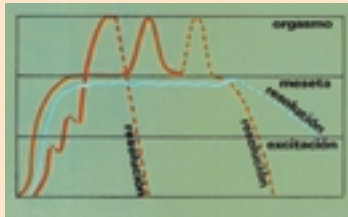
En la actualidad, “la década del cerebro” implica un modelo cibernético de los organismos vivos, el hombre incluido. El centro de operaciones es el cerebro. Las funciones superiores se localizan en el cerebro, el alma se desplaza a la poética y el pensamiento es un producto, privilegiado tal vez, pero un producto más.

Este modelo, que identifica funciones superiores y cerebro, establece que sexo y actividad sexual dependen de las reacciones bioquímicas ligadas a estos procesos. En este sentido, el cerebro –la zona del cerebro– que controla la excitación sexual recibe y sintetiza señales internas y externas, es decir, recibe señales de la estimulación física del cuerpo (olfato, vista, tacto, etc.) y de la zona del cerebro que almacena y procesa recuerdos, emociones, creencias, etc. Finalmente, parece que la capacidad de activar las hormonas del placer reside a este nivel; en definitiva, lo que podemos denominar deseo.



El amor y la sexualidad, conjunta o separadamente, constituyen en la

actualidad un tema de interés cotidiano en los sumarios de la práctica totalidad de los magazines de las sociedades desarrolladas. [...] En sentido coloquial, el amor ha entrado en el laboratorio. Se miden secreciones, hormonas, frecuencias cardíacas, etc. El problema en la mayor parte de estos experimentos es su extensión a campos explicativos de distinto orden.



La tentación de abordar el amor y entender el deseo a partir del método científico, en la versión más realista de la corriente platónica que representa Venus Sensual, es irresistible; además, se corresponde con la visión inevitablemente prepotente de las generaciones que han visto al hombre en la Luna y esperan la inmortalidad con la recreación de la vida en el laboratorio.

A estas alturas, el conocimiento científico, la química, la neurofisiología del amor ha aportado un bagaje importante en el conocimiento de los aspectos químicos y fisiológicos del fenómeno sexual.

Los estudiosos de la conducta han identificado sexualidad con conducta sexual. La atracción física que experimentan los seres humanos entre sí, así como el resto de sus pautas sexuales, son objeto de observación y estudio a cargo de sexólogos, psicólogos, etólogos, sociólogos, etc. Se parte básicamente de varias premisas. A saber: el comportamiento amoroso de la especie humana no tiene parangón en el reino animal; los condicionantes culturales condicionan y conforman, a su vez, los instintos primarios. Sobre la comunicación no verbal en cuanto a la conducta sexual, se ha descrito un patrón que se repite en cada encuentro en el que se pone en juego la atracción sexual. Esta línea realista camina sobre un dilema: si, por esto del amor y de la sexualidad, la especie humana es única o bien o se trata de una especie más en el reino animal.

El estudio de las pautas del galanteo ha permitido a Karl Grammer asegurar que el flirteo sigue esquemas bien definidos. Estos esquemas, basados en gestos de comunicación no verbal, han llevado a Grammer a pensar, tras encuestas y observaciones, que las señales amorosas suponen un código de actuación, responsable de los mecanismos de conservación de la especie. Aunque aparentemente caprichoso, este código de movimientos y demostraciones amorosas no lo es en absoluto; más bien su precisión establece diferencias en cuanto a la conducta de la mujer o del hombre, cuyo papel en la conservación de la especie sin duda no es el mismo.

Además de la colaboración de los estudios etológicos aplicados a la conducta sexual del hombre, la fisiología de la pasión amorosa permite saber cómo funciona ésta una vez se ha desencadenado el proceso. En sentido coloquial, el amor ha entrado en el laboratorio.

Se miden secreciones, hormonas, frecuencias cardíacas, etc. El problema en la mayor parte de estos experimentos es su extensión a campos explicativos de distinto orden.

Desde la vertiente fisiológica podemos resumir lo que ocurre en relación con el estado de excitación amorosa del siguiente modo: un mensaje químico producido por unas sustancias denominadas feromonas, liberadas en la piel, que son de naturaleza volátil, emiten un aroma determinado que es captado por el epitelio neuronal, localizado en la nariz. Por lo menos en los animales, este aroma tiene la capacidad de alterar el comportamiento habitual, y la razón sería un incremento en la liberación de neurotransmisores con efecto estimulante (feniletilamina, dopamina, etc.), sustancias capaces de producir excitación y euforia. Posteriormente, en una segunda fase del proceso, la secreción de otro tipo de sustancias, las endorfinas (opiáceos naturales) serían las responsables del estado de satisfacción y sosiego que se supone acompaña a una relación exitosa.

Esta versión del correlato químico de la conducta sexual que procede de la experimentación con animales tiene, respecto a su aplicación humana, mentores y detractores. En cualquier caso, durante la ovulación se ha descrito la secreción de compuestos, llamados copulinas, capaces de producir una respuesta de atracción positiva en el varón, respuesta medida por un aumento significativo de testosterona en la saliva de varones erotizados por estas sustancias.

Existe la idea de una mayor simplicidad en el funcionamiento sexual de los hombres respecto de las mujeres, y que éstas están más condicionadas a la hora de su respuesta sexual por factores como los sentimientos hacia su pareja, sus anteriores experiencias amorosas o sexuales, etc. Otro tipo de creencia es que, en términos generales, la diferencia entre los sexos significa que las mujeres tienen menor interés por la sexualidad que los hombres, mientras que manifiestan más deseo de amor que éstos. Una reciente encuesta de la Universidad de Chicago llevada a cabo en mujeres entre 18 y los 59 años encontró que el principal problema sexual expresado era la falta de deseo.

La edad también implica respuestas diferenciadas entre los sexos. Varias investigaciones señalan un elevado porcentaje de mujeres que experimenta un descenso del deseo sexual tras la menopausia (40%).

En ambos casos, la pérdida del deseo se ha relacionado con el descenso de los niveles de testosterona, por lo que se la ha denominado "hormona del deseo". Por tanto, las terapias a base de testosterona recargarían el deseo de las mujeres de forma similar a los tratamientos en los hombres, aunque con ciertas modificaciones bioquímicas ("viagra rosa"). La investigación sobre estos efectos proporcionará oportunamente mayor información sobre determinados aspectos de la sexualidad femenina. Sin embargo, esta vía de descripción y observación, separadamente, parece que reitera lo sabido de las diferencias.

No podemos concluir este trabajo sin tener en cuenta cómo la socialización de las mujeres ha influido, y sigue influyendo, en su organización amorosa y sexual. En la estructura social de los sistemas patriarcales está probablemente el origen de la necesidad de aprobación y amor que las mujeres suelen tener respecto de los hombres. Estos sistemas exigen de la mujer el papel de cuidadoras, correspondiéndoles la función de dar cariño y amor. También en su rol social se las ha dispensado de la obligación de la racionalidad de una manera implícita, por lo que se las ha devaluado y cuestionado por su obsesividad respecto al amor. ■